

Nihil obstat

Luis Quintana Tejera*

* Facultad de Humanidades, UAEM.
Teléfono: (722) 213 14 07.
Correo electrónico: qluisll@hotmail.com

*Si el empuje avasallador de la
literatura
se hubiera detenido en espera de
frase semejante.
Si el feroz arranque del amor hubiera
puesto sus condiciones antes de oír
esta
horripilante verdad.
¡Oh! Si la vida se dejara amedrentar
por
la inquisición nuestra de cada día.
Perderíamos el más sagrado tesoro,
rendiríamos nuestra fuerza,
le gritaríamos no a nuestra libertad.
Si aceptáramos la moral de
conveniencia
que impide hacer en donde ella sí lo
hace,
que aconseja nauseabunda "haz lo
que yo digo,
pero no lo que yo hago..." Estaríamos
vendiendo nuestra alma al más
terrible
Mefistófeles que hayamos conocido.*

Había nacido por primera vez en el siglo XIX. Sus lecturas presuntuosas del inefable Rubén Darío lo habían cautivado en los primeros años de su juventud. Llegó a escuchar en la vieja fonola el ritmo novedoso de Chopin. Había soñado con ser piloto antes de que los aviones existieran y –sepultado en sus ilusiones de juventud–, se había entregado plenamente a aquellos versos del nicaragüense amado: "Juventud divino tesoro, te vas para no volver..." Y cuando sus belicosos impulsos del pasado lo abandonaron para siempre, se dedicó a buscar en la juventud ajena aquello que la propia no le podía ofrecer.

Era un individuo de condición extraña. A veces, cuando me detengo a pensar en él, me subyuga la idea de su sola existencia, me dejó convencer acerca de la irrealidad de su carácter y me asombro una vez más de su increíble modalidad peregrina.

Dijo en alguna ocasión, mientras recorría las calles llenas de lodo de su natal Maldonado, que –y en esto era evidente la parodia e imitación del dandy modernista–, le había tocado nacer en un siglo que no sólo no lo merecía, sino que además le echaba en cara constantemente su situación de niño enfermo, ante un mundo enfermo también por ese empuje siniestro del espíritu nuevo que daba la revolución industrial, curiosa manifestación de la impronta tecnócrata, antesala gloriosa de una nueva época.

Su verdadero lugar había quedado vacío en algún sitio lejano de la Edad Media; allí él pudo haber sido juez y parte en esa lucha perenne contra la estupidez humana, en esa persecución constante en la cual la Iglesia se había impuesto el papel de moderador eterno, matando, sometiendo, imponiendo sólo el único punto de vista que ella consideraba válido en medio de la infinita soledad de las conciencias.

Él se había visto allí vistiendo la sotana inquisitorial y persiguiendo también. Le habría gustado leer los primeros libros, hijos del ingenio terrenal, y demorar en ellos el esperado *Nihil obstat*^L. Le habría conmovido hasta la lujuria que yacía oculta en un recóndito lugar de su ser, la sola posibilidad de decidir –cual nuevo Minos que se retuerce en ademán siniestro, impulso que enreda los más retorcidos pensamientos–, el destino de una obra creadora...

Todo esto meditaba mientras se entregaba a una existencia llena de contradicciones. Católico ferviente no había encontrado en el Decálogo nada que manifestara una terminante oposición a las relaciones entre sexos iguales, y –a sus maduros treinta y seis años–, había conocido a un joven de veinte con quien dio inicio a una terrible pasión. Quizás él también aguardó su *Nihil obstat* para poder amar así sin barreras, sin prejuicios siniestros, hijos de una moral clandestina que sólo sabe censurar donde más duele al espíritu libre de ese siglo lleno de prejuicios.

El siglo XIX le vio pasar. Lo vio amar con entrega sublime y lo vio morir también abrazado de una cruz, que era arrepentimiento tardío e inmolación última de su póstuma condición. No he querido decir su nombre. Creo que en el siglo XX, en donde volvió a nacer, tuvo alguna relación con Mario Campsa un verdadero acercamiento indirecto entre hombres tan diferentes.

Un día, platicando con Mauricio (llamémosle así), me atreví a preguntarle por qué había vuelto desde tan lejos, qué había visto en ese más allá ignorado y recreado a cada instante por las conciencias inquietas de todas las épocas... En fin, lo exhorté para que hablara y él guardó silencio, un silencio que implicaba también profunda desazón. Se veía que tenía mucho que decir, pero al mismo tiempo no quería decir nada. Probablemente regresó por decepción y hastío del más allá. Quiero creer que en ese eterno recinto el alto concepto que Mauricio tenía de sí mismo no encontró el eco necesario para desarrollar su inflada personalidad. Quiero creer que la honda egolatría que guió sus pasos en el siglo XIX no halló respuesta en ningún apagado recinto de la noche eterna. En fin, quiero pensar que Mauricio regresó en pos de una segunda opción, en donde pudiera hallar el sentido vital que durante tanto tiempo había perseguido. Yo no sé como pudo desarrollarse y alcanzar la plenitud la Edad Media sin Mauricio. ¡Dichoso tú, decimonónico recinto porque conociste la moral intachable de Mauricio, porque supiste entregar tu espacio vital a él, para que se desarrollara en agónico impulso! Y, puedo imaginarte a ti, siglo xxi, esperado y temido, el día en que Mauricio ponga su planta altanera en tu inmensa morada.

Por ello, nuestro personaje nació en la primera mitad del vigesimonónico espacio y conoció un ambiente diferente. Viajó en los mismos aviones que había deseado pilotear en sus quiméricas reflexiones del pasado siglo, pudo leer libros con incansable actitud –libros que llevaban ya el imprimatur sin haber pasado siquiera por el *Nihil obstat* vergonzoso de la Edad Media soñada–; alcanzó la posesión de su espacio con el mismo frenesí con que había vivido en su época anterior, adoró cada minuto de silencio y –en alguna cansada ocasión–, se atrevió a entrar a un templo católico para contemplar en él –brevemente–, sus ilusiones medievales. Conoció el amor de una mujer. Se entregó a ella para vivir lo que no había encontrado antes; tuvo tres hijos –dos mujeres las primeras, y un hermoso varón que ocupaba el tercer lugar–; vivió con esa apasionada e insoportable actitud de dios que lo había definido siempre. Ajeno a su Olimpo individual, vio morir en un accidente a su hijo pequeño, impuso sus locas teorías a las hijas sobrevivientes del gran naufragio de la vida, amó a su manera a la pobre esposa torturada, intentó comprender a este siglo XX liberal y tormentoso. Se puso en múltiples ocasiones los ornamentos de la Inquisición, persiguió siempre que pudo a los que estaban bajo su mando, abusó del poder como emblemático estigma de aquella Edad Media que no lo había conocido (gracias a Dios, por supuesto), tuvo muy presente de nuevo que este siglo tampoco lo merecía y retornó al único esquema de su decimonónico pasado que no había vivido en éste: cuando su hija mayor tenía quince años, abandonó a su adusta esposa por otro, exacto, por otro hombre joven de escasos veinte años que contrastaban con sus cuarenta primaveras.

En realidad yo no sé, o no quiero saber por qué las circunstancias vitales se reiteran de una manera tan semejante. Mauricio volvió a vivir su pasión en plena época de liberación sexual, de minorías que reclamaban sus derechos, de gritos agónicos en este vigésimo siglo de angustias. Vio pasar a las multitudes afiebradas de homosexuales y lesbianas, les vio gritar por sus derechos pisoteados. Les vio unirse a la masa racial –judíos, negros, árabes, en fin, prosélitos infinitos de un mundo en caos ignorado-. Ciertamente si él no hubiera pertenecido a estas minorías las habría perseguido tercamente, les habría impuesto el esquema moral que la iglesia de otras épocas le había enseñado. Habría llevado a estas masas inconformes hasta el horrible patíbulo medieval. Les habría impuesto ley de hierro para contrarrestar sus nefastos impulsos. Pero él estaba con ellos. Todo cambiaba así. De perseguidor pasó a ser perseguido.

Mucha gente hablaba de él; de sus impulsos imprevistos, de sus decisiones de santa homosexualidad, de su compañero joven con quien fornicaba intensamente... Hoy estoy pensando en Mauricio más que antes, más que hace quince años cuando lo conocí caminando nervioso y feo por las calles empedradas de neuróticas reticencias de su querida ciudad.

Recuerdo particularmente una anécdota curiosa. En cierta ocasión viajó a Roma porque un gran amigo que allá vivía lo había invitado para conocer de cerca y en la intimidad de su ser la sede santa del catolicismo mundial. El Vaticano parecía hablarle de un pasado suyo y de muchos. En los muros sagrados creyó ver o, quizás vio realmente, imágenes de un ayer que le preocupaban de una forma especial. Se vio a sí mismo blasfemando ante una cruz de plata; vio además un atardecer en que su hija mayor entregaba su cuerpo para satisfacción del poderoso; contempló temblando la muerte del mejor amigo y amante; vio cómo la vida le reclamaba por su pecado capital: la soberbia; vio renacer la dura imagen del pasado mientras él se masturbaba ferozmente ante el retrato desnudo de sus recuerdos; se vio también entrando a Internet para enterarse allí que su hija menor era una hermosa ramera que se entregaba a cambio de buen pasar y de pesos duraderos... En fin, no quería creer que todas esas imágenes correspondieran a su persona inefable; no quería aceptar que su existencia estaba constituida por una suma de fracasos disfrazados tras el velo exitoso de una cuenta bancaria abultada y serena.

Regresó a su casa, a su diezmada familia. Retornó a su Nihil obstat, a su deseo ferviente de que la existencia no le impusiera un terrible veto para poder seguir adelante. Instaló, junto con su amante, un despacho de atención jurídica de asuntos menores. Se preocupó por imponer orden en este mundo caótico lleno de asesinos a sueldo, de plagarios mutiladores de intimidades universales, de ladrones, de chantajistas, de usurpadores... No persiguió a los homosexuales como su naturaleza justiciera se lo hubiera impuesto; antes bien, decidió que éstos estaban perdonados por su necesidad de búsqueda infinita de amor. Así pasaban las horas lentas de su existencia y se aburría tercamente porque en su vida no sucedía nada verdaderamente importante, nada digno de recordarse en el inmediato futuro en que sus continuadores tendrían que inmolarse su memoria.

Hoy han pasado ya cien años de pasión y recuerdo.

Estamos terminando el temido siglo XXI. Un mendigo misterioso se acerca a mí y lleva en sus manos una rosa, una rosa roja con manchas sutiles amarillas. Me mira con el deseo de decir algo y –balbuceando apenas–, pronuncia el nombre de Adriana, la hija menor de Mauricio; en ese instante comprendo todo el misterio que este ser humano degradado representa. Mauricio me miraba a través de sus ojos, me olfateaba con su horrible nariz. Había vuelto a nacer en un cuerpo moribundo. ¿Amaría también como antes? Su conciencia atormentada acumulaba experiencias del pasado y su vida continuaba transitando por los caminos del universo y del tiempo gracias a la concesión austera del destino, gracias a ese Nihil obstat que se seguía repitiendo en él hasta el cansancio.

NOTA

¹ El término latino *nihil obstat* significa en español *no hay objeción*, y aparecía antecediendo a la expresión *imprimatur* (*imprímase*). Fue utilizado por la Iglesia durante la segunda mitad de la Edad Media y -con mayores restricciones-, en el Renacimiento y épocas posteriores. La censura que esta Institución ejercía sobre los libros en vísperas de publicarse la llevaba al empleo de término semejante